

“El diablito suelto”

EN el magnífico reportaje “Testimonio para la paz”, ofrecido por Teletrece el viernes pasado, sobre el enfoque de las más variadas y relevantes figuras de la vida pública argentina frente al diferendo austral que Chile mantiene con ese país hermano, hubo una declaración que me impresionó de modo especialísimo.

Me refiero a la del ex Canciller trasandino Oscar Camilión.

El señor Camilión fue consultado por la periodista Mónica Cerda sobre una presunta evolución suya desde cuando era Canciller a su postura de hoy como simple ciudadano. La pregunta se fundaba en que actualmente él muestra una voluntad de avanzar en la aceptación de la propuesta papal (al menos con la firma del tratado de paz y amistad perenne que ésta contiene) que no se reflejó en su actitud como ministro.

La ecuación de prudencia y franqueza de la respuesta me pareció admirable e impactante.

El ex Canciller argentino explicó

cómo más que una evolución de su postura, había un cambio de circunstancias. Y aludió con sutileza, pero claramente, a que le correspondió desempeñarse como ministro en un cuadro muy complejo y peligroso, donde había “un diablito suelto” —según sus palabras textuales— que al final terminó desencadenando la aventura de las Malvinas, ya cuando el señor Camilión no formaba parte del gobierno.

SI no las malinterpreto, desprendí de esas palabras que el ex Canciller advertía al interior de influentes instancias argentinas un espíritu belicista que, aunque en definitiva se dirigió hacia las Malvinas, bien pudo estallar antes contra Chile. Incluso recordó espontáneamente

“El juicio de una acción política debe escoger como parámetro el marco de sus posibilidades reales y no el de nuestros sueños o aspiraciones ideales”...



que a él le correspondió manejar la difícil medida del cierre de fronteras entre nuestros dos países, decretado unilateralmente por Argentina.

Detrás de ello flotaba el implícito reconocimiento de que, dadas las circunstancias de aquellos instantes, mantener la paz con Chile podía exigir a un Canciller trasandino el precio interno de adoptar o admitir actitudes que cabría estimar duras —si no hostiles— hacia nosotros.

El testimonio del señor Camilión me dejó pensativo.

¡Cuánta injusticia hay muchas veces en las opiniones que se vierten acerca de quienes actúan en la vida pública, al olvidarse que la política es el arte de lo posible y no de lo ideal!

Cierto es que numerosas cobardías de la historia han solidado ampararse en un abuso de la teoría del mal menor, pero no es menos indudable que el olvido de su aplicación legítima ha derivado en muchas de las más graves tragedias para la humanidad.

ASIMISMO, es verdad que a la opinión pública no se le puede pedir que formule sus juicios a base de realidades que ignora, pero sí cabe instarla a que intente un análisis capaz de incluir todos los ángulos o prismas del cuadro en que tienen lugar las acciones que juzga.

Sólo así será posible que los enfoques políticos descubran, con profundidad y realismo, los elementos válidos —y casi siempre complejos— para acertar en su contenido.

El juicio de una acción política debe escoger como parámetro el marco real de sus posibilidades y no el de nuestros sueños o aspiraciones ideales.